

# El Cuarto Mundo: subdesarrollo endémico en África

Samir Amin

Consideremos en primer lugar algunos hechos que apenas mencionan los valedores de la globalización. En 1990, el porcentaje del comercio extrarregional respecto al Producto Interior Bruto (PIB) era en África del 45,6%, mientras que en Europa era sólo del 12,8%; en Norteamérica del 13,2%; en Latinoamérica del 23,7%, y en Asia del 15,2%. Estos porcentajes no variaron de un modo significativo durante todo el siglo xx. A nivel mundial, el promedio era del 14,9% en 1928 y del 16,1% en 1990.<sup>1</sup>

¿Cómo se explica la curiosidad de que África esté aparentemente más integrada en el sistema mundial que cualquier otra región desarrollada o en desarrollo? Por supuesto, los niveles de desarrollo medidos por el PIB per cápita están distribuidos de un modo muy desigual, y bajo ese punto de vista, África es la región más pobre del sistema mundial moderno y su PIB per cápita alcanza sólo un 21% del promedio mundial y un 6% respecto a los centros desarrollados. Por lo tanto, la elevada proporción del comercio extrarregional africano respecto a su PIB reflejaría el pequeño tamaño del denominador del cociente. Al mismo tiempo, las exportaciones de África (así como las importaciones) representan apenas una diminuta proporción del comercio mundial.

---

• Artículo publicado en MR, vol. 54, n° 4, septiembre de 2002, pp. 41-50. Traducción de Ricard Gil. Samir Amin es director del Fórum del Tercer Mundo de Dakar, Senegal, una asociación internacional no gubernamental dedicada a la investigación y al debate. Es autor de numerosos libros y artículos, entre los que se cuenta *Spectres of Capitalism* (Monthly Review Press, 1998). Ésta es una versión ligeramente modificada de un artículo aparecido por primera vez en *African Insight*, n° 31, junio de 2001.

Y esta es precisamente la razón por la cual el sistema mundial considera marginal a África, dando a entender que su importancia es mínima. La actitud es que el mundo podría sobrevivir perfectamente sin África.

El concepto según el cual un país o región reciben el calificativo de marginal cuando su peso cuantitativo en la economía global es pequeño presupone implícitamente que la lógica de la expansión de la economía capitalista global persigue la maximización de la producción y, por lo tanto, también del comercio. Este supuesto es totalmente erróneo. En realidad, poco importa que las exportaciones de África hayan representado sólo una pequeña parte del comercio mundial en el pasado y en la actualidad.

El capitalismo no es un sistema que se proponga maximizar la producción y la productividad, sino que elige los volúmenes y condiciones de producción que maximizan la tasa de beneficio del capital. Los mal llamados países marginales son en realidad los que han sido sobreexplotados de un modo brutal y, por lo tanto, son países empobrecidos, no países situados al margen del sistema.

Así pues, es necesario completar el análisis con otros argumentos. La ratio relativamente modesta de las zonas desarrolladas —Norteamérica (los Estados Unidos y Canadá) y la Europa occidental y central (la Unión Europea, Suiza y Noruega)— se debe no sólo a unos niveles de desarrollo más elevados, sino también a características cualitativas que deben explicarse en detalle: todos los países desarrollados se han edificado históricamente como economías «autocentradas». Introduzco aquí un concepto básico que la economía convencional ignora. «Autocentradas» significa «básicamente orientadas hacia sí mismas», no «autárquicas» (o cerradas). Eso quiere decir que el proceso de acumulación capitalista en los países que se han convertido en centros del sistema mundial siempre ha sido y, sostengo, sigue siendo y continuará siendo en un futuro próximo simultáneamente abierto y orientado hacia esos mismos centros, e incluso en algunos casos agresivamente abierto (imperialista). Eso significa, por lo tanto, que la estructura del sistema global es asimétrica: los centros miran hacia sí mismos, son economías autocentradas y, simultáneamente, están integrados en el sistema global de un modo activo (determinan la estructura global); mientras que las periferias no se orientan hacia el propio interior (no son economías «autocentradas») y por lo tanto se integran en el sistema global de un modo pasivo (se «ajustan» al sistema, sin desempeñar un papel significativo a la hora de determinar su estructura). Este punto de vista sobre el sistema mundial real es totalmente diferente al que ofrece el pensamiento convencional, que describe superficialmente el mundo como una pirámide de países de riqueza desigual, de los niveles más bajos de PIB per cápita a los elevados.

La conclusión que extraigo de esta conceptualización es que todas las regiones del mundo, incluida África, están integradas por igual en el sistema global, pero de modos diferentes. El concepto de marginación es un concepto falso que esconde la verdadera cuestión. No se trata de hasta qué punto se integran las distintas regiones, sino de qué modo lo hacen.

Además, las cifras referidas con anterioridad indican que el grado de integración en el sistema mundial no ha cambiado sustancialmente a lo largo de todo el siglo xx, como sugiere el discurso en boga dominante sobre la globalización. Ha habido altibajos, pero la tendencia que refleja el progreso del grado de integración ha sido continuada y bastante lenta, y ni siquiera se ha acelerado durante los últimos decenios.

Esto no excluye el hecho de que la globalización —que viene de antiguo— se haya desarrollado a lo largo de fases sucesivas que deberíamos de identificar como cualitativamente distintas, centrándonos en la especificidad de cada una de ellas en relación a los cambios necesarios para la evolución de los centros del sistema, es decir, del capital global dominante.

Tomando como base la metodología que aquí se sugiere, podemos examinar a continuación las diversas fases de la integración de África en el sistema global, e identificar de qué modo específico se produjo esta integración en cada una de las sucesivas fases analizadas.

### **Fases de la integración de África en el sistema global**

África estuvo integrada en el sistema global desde el principio mismo de la construcción del sistema, en la fase mercantilista del primer capitalismo (los siglos xvi, xvii y xviii). La periferia más importante de la época era la América colonial, donde se estableció una economía de exportación enfocada al exterior dominada por los intereses capitalistas mercantiles de la Europa atlántica. A su vez, aquella economía de exportación, centrada en el azúcar y el algodón, se basaba en la mano de obra de los esclavos. Así, mediante el comercio de esclavos, extensas zonas del África subsahariana fueron integradas al sistema global del modo más destructivo posible. Buena parte del «retraso» posterior del continente se debe a esa forma de «integración», que provocó un descenso de población hasta el punto de que sólo ahora África ha recuperado la proporción respecto a la población global del mundo que tenía probablemente alrededor del año 1500. También condujo al desmantelamiento de las primeras organizaciones estatales importantes, que fueron reemplazadas por pequeños y brutales sistemas militares y guerras permanentes entre los mismos.

En la propia América, la forma mercantilista de integración en el sistema mundial destruyó el potencial de un desarrollo ulterior en muchas de

las regiones devastadas. Durante esta fase inicial del capitalismo, las tasas más elevadas de crecimiento se alcanzaron en zonas como el Caribe, el nordeste de Brasil y las colonias británicas del sur de Norteamérica. Si un experto del Banco Mundial hubiera visitado esas zonas por entonces, habría hablado de «milagro» (el valor de las exportaciones de azúcar de Santo Domingo era, en aquel tiempo, ¡superior al total de exportaciones de Inglaterra!) y habría llegado a la conclusión de que Nueva Inglaterra, que estaba construyendo una economía autocrizada, iba por el mal camino. Actualmente, ¡Santo Domingo es Haití y Nueva Inglaterra forma parte de los Estados Unidos!

La segunda ola de integración de África en el sistema global fue la del periodo colonial, aproximadamente entre 1880 y 1960. Una vez conquistado, era preciso «desarrollar» el continente en cuestión. En esta coyuntura, tanto los razonamientos del capitalismo mundial —¿qué recursos naturales poseen las diversas regiones del continente?— como los de la historia anterior de las sociedades africanas entraron en juego. Creo que en este contexto deberíamos comprender cada uno de los tres modelos de colonización que se manejaban en África: (1) la economía de comercio que incorporaba a una pequeña porción del campesinado al mercado mundial de productos tropicales, someténdola a la autoridad de un mercado de oligopolios controlados y posibilitando así la reducción al mínimo de las recompensas del trabajo en el campo; (2) la economía de las reservas de África del Sur, basada en la minería, con su mano de obra barata proporcionada por una migración obligada, proveniente precisamente de las inadecuadas «reservas» enraizadas en la subsistencia rural tradicional, y (3) la economía de saqueo en la que se embarcaron las compañías concesionarias mediante la imposición de impuestos sobre los productos procedentes de otros lugares allí donde las condiciones sociales locales no permitían el establecimiento del «comercio» y los recursos minerales tampoco justificaban la organización de reservas destinadas a proporcionar mano de obra abundante. La cuenca del Congo pertenecía en su mayor parte a esta tercera categoría.

Este modo de inserción en el capitalismo mundial resultó catastrófico para los africanos. En primer lugar, retrasó —en un siglo— cualquier inicio de una revolución agrícola. Se podía obtener un excedente del trabajo de los campesinos y de la riqueza ofrecida por la naturaleza, sin necesidad de inversiones en modernización (maquinaria y fertilizantes), sin remunerar realmente a la mano de obra (que se reproducía a sí misma en el marco de la autosuficiencia tradicional) y sin ni siquiera garantizar el mantenimiento de las condiciones naturales de reproducción de riqueza (saqueo de los suelos agrarios y los bosques). Simultáneamente, este modo de desarrollo de

recursos naturales encajaba en el marco de la desigual división internacional del trabajo de la época, y excluía la formación de cualquier tipo de clase media local. Es más, cada vez que esta última iniciaba el proceso de formación, las autoridades coloniales se apresuraban a suprimirla.

A raíz de esto, hoy en día la mayoría de los llamados países menos desarrollados se encuentran en África. Los países que actualmente componen el «Cuarto Mundo» son, en su mayoría, países destruidos por la intensidad de su integración a la fase inicial de la expansión global del capitalismo. El Estado de Bangladesh, conocido anteriormente como Bengala, la joya de la corona de la colonización británica en la India, es un buen ejemplo. Otros han sido, y continúan siendo, periferias de periferias.

Burkina Faso, por ejemplo, ha proporcionado la mayor parte de su mano de obra activa a Costa de Marfil. De haberse considerado los dos países como una única región del sistema capitalista de la época, las cifras características del «milagro de Costa de Marfil» deberían haberse dividido por dos. La emigración empobrece a las regiones que la alimentan. Estas regiones cargan con el coste de criar a una juventud a la que pierden en el momento en que se vuelve potencialmente activa, a lo que hay que sumar el coste de mantener a los mayores tras su regreso. Estos costes, mucho mayores que los «giros postales» que reciben las familias de los emigrantes activos, suelen caer en el olvido en los cálculos de nuestros economistas. Sólo existen algunos países que sean «pobres» y no estén integrados o apenas lo estén en el sistema global. Yemen del Norte y Afganistán tal vez fueran dos ejemplos, pero actualmente el inicio de su integración es un hecho, y no produce, como en otros casos, más que una «modernización de la pobreza»: las barriadas pobres se pueblan de campesinos sin tierra.

Las flaquezas de los movimientos de liberación nacional y de los estados herederos de la colonización se remontan a la época colonial. Por lo tanto, no son producto de la primitiva África precolonial, desaparecida en la tormenta, por mucho que la ideología del capitalismo global se esfuerce por derivar su legitimidad de este mito tan conveniente, en sintonía con su habitual discurso racista. Las críticas al África independiente, a sus corruptas clases medias políticas, a la falta de dirección económica y de tenacidad en la estructura de comunidades rurales olvidan que estos rasgos del África contemporánea se forjaron entre 1880 y 1960.

No es extraño pues que el neocolonialismo haya perpetuado estos rasgos. La forma que adoptó este fracaso la definen perfectamente los límites de los famosos Acuerdos de Lome, que unieron al África subsahariana con la Unión Europea. Estos acuerdos perpetuaron de hecho la antigua división de trabajo, relegando al África independiente a la producción de

materias primas, en el mismo momento en que, durante el periodo de Bandung (de 1955 a 1975), el resto de países del Tercer Mundo se embarcaba en la revolución industrial. África perdió así unos treinta años en un momento decisivo de cambio histórico. Sin duda, las clases gobernantes africanas fueron responsables en parte de lo que iba a provocar la involución del continente, sobre todo cuando se unieron a la causa del neocolonialismo contra las aspiraciones de su propio pueblo, cuya debilidad habían explotado. La confabulación entre las clases gobernantes africanas y las estrategias globales del imperialismo es por lo tanto la causa última de este fracaso.

### **«Desarrollo» en África**

Pese a todo, después de reconquistar su independencia política, los pueblos de África se embarcaron a partir de 1960 en proyectos de desarrollo, los objetivos principales de los cuales eran más o menos idénticos a los perseguidos en Asia y Latinoamérica, pese a las diferencias en el discurso ideológico que los acompañaban aquí y allá. Este común denominador se comprende con facilidad si recordamos que, en 1945, prácticamente todos los países asiáticos (excepto Japón), africanos (incluyendo a Sudáfrica) y —con algunas excepciones— latinoamericanos carecían de cualquier industria merecedora de tal nombre, a excepción de la minería en algún que otro lugar; eran mayoritariamente rurales en la composición de su población y estaban gobernados por regímenes arcaicos, fueran oligarquías de terratenientes o autoridades coloniales.

Más allá de su gran diversidad, todos los movimientos de liberación nacional tenían los mismos objetivos de independencia política, modernización del estado e industrialización de la economía.

Es actualmente muy tentador interpretar esta historia como la de una etapa de la expansión del capitalismo mundial, que habría llevado a cabo ciertas funciones relacionadas con la acumulación nacional primitiva y creado así las condiciones para la siguiente etapa, en la que supuestamente estamos entrando ahora, marcada por la apertura hacia el mercado mundial y la competición en este campo.

No voy a sugerir que debamos ceder a esta tentación. Las fuerzas dominantes del capitalismo mundial no han creado «espontáneamente» el modelo o modelos de desarrollo. Este «desarrollo» les fue impuesto. Fue producto del movimiento de liberación nacional del Tercer Mundo contemporáneo. Por consiguiente, la interpretación que propongo hace hincapié en la contradicción entre las tendencias espontáneas e inmediatas del sistema capi-

talista, guiadas únicamente por el beneficio económico a corto plazo que caracteriza a esta forma de gestión social, y la visión a largo plazo que guía a las fuerzas políticas emergentes, en conflicto por esta misma razón con las anteriores. Por descontado, este conflicto no siempre es radical, y a medida que el capitalismo se ajusta a él, llega incluso a beneficiarse del mismo. Pero sólo hace que ajustarse a él, no genera su movimiento.

Todos los movimientos de liberación en África compartían esta visión modernista, que por esa misma razón califico como capitalista. El capitalismo, a través de su concepto de modernización, debía crear las relaciones de producción y las relaciones sociales básicas y características de ese sistema: la relación salarial, gestión de empresas, urbanización, modelos de educación, el concepto de ciudadanía nacional. Desgraciadamente, otros valores característicos del capitalismo avanzado, como el de democracia política, no aparecían por ningún lado, lo que se justificaba por las exigencias del desarrollo inicial previo.

Todos los países de la región, radicales o moderados, eligieron mediante la misma fórmula un partido único, unas elecciones farsa y un líder/fundador de la patria. Sin embargo, en ausencia de una clase media de empresarios, el estado, incluidos sus tecnócratas, debía reemplazarse a sí mismo. Otras veces, la emergencia de la clase media fue puesta bajo sospecha por dar prioridad a sus intereses inmediatos por encima de los que se estaban construyendo a largo plazo. La sospecha se convirtió, en el ala radical del movimiento de liberación nacional, en sinónimo de exclusión. Lógicamente, este ala radical pensó entonces que su proyecto debía ser la «construcción del socialismo». Y abrazó la ideología soviética.

Si adoptamos el criterio de los movimientos de liberación nacional, es decir, la «construcción nacional», los resultados son, en conjunto, debatibles. Esto se debe a que, mientras que el desarrollo del capitalismo en los primeros tiempos apoyaba la integración nacional, la globalización que opera en la periferia del sistema, en cambio, rompe las sociedades. Sin embargo, la ideología de la liberación nacional ignoró esta contradicción al estar encerrada en el concepto burgués de «compensar el atraso histórico», y concebir así esta puesta al día como participación pasiva en la división internacional de trabajo, sin intentar modificarla.

Dependiendo del carácter específico de cada sociedad precapitalista precolonial, la desintegración que tuvo lugar fue más o menos dramática. En África, cuya artificial demarcación colonial no respetaba la historia previa de sus pueblos, la desintegración causada por la periferización capitalista permitió la supervivencia de la identidad étnica, pese a los esfuerzos de las clases gobernantes, tras la liberación nacional, de suprimir sus manifesta-

ciones. Con la repentina llegada de la crisis, que dio al traste con el incremento de excedentes que había ampliado la financiación de las políticas transnacionales del nuevo estado, la propia clase gobernante se fragmentó en facciones que, tras haber perdido toda legitimidad basada en los logros del «desarrollo», intentaron crear nuevas bases para sí mismas, a menudo asociadas con el repliegue étnico.

Si bien algunos países de Asia y Latinoamérica se embarcaron durante las «décadas de desarrollo» de la segunda mitad del siglo xx en un proceso de industrialización que en algunos casos llegó a ser competitivo en los mercados globales, en África el «desarrollo positivo» (en realidad, crecimiento sin desarrollo) permaneció dentro de los límites de la antigua división de trabajo, esto es, proporcionando materias primas. Los países productores de petróleo son un buen ejemplo, ya que otros recursos minerales importantes, como el cobre, sufren una larga crisis de demanda estructural, pero este fenómeno también se aprecia en algunas sociedades de «agricultura tropical», como Costa de Marfil, Kenia y Malawi, que fueron presentadas como «éxitos fenomenales».

En realidad no tenían futuro, pues pertenecían al pasado desde el principio mismo de su prosperidad. Así, la mayoría de estas experiencias resultaron ser un fracaso incluso dentro de los límites de la antigua división de trabajo. Es el caso de la mayor parte del África subsahariana. Estas dificultades no eran necesariamente producto de una «mala gestión», sino de condiciones objetivas. Por ejemplo, este tipo de desarrollo ya se había logrado en la época colonial y había tocado techo alrededor de 1960. Es el caso de Ghana: el milagro de Costa de Marfil sólo fue cuestión de «ponerse al día» con los logros coloniales de la costa occidental africana.

### **El fin de un siglo**

Lo que sucedió tras la erosión de los proyectos de desarrollo nacional de los años sesenta y setenta está bien documentado. El punto de partida fue la inversión brutal del equilibrio de las fuerzas sociales, en beneficio del capital, que tuvo lugar en la década de los ochenta. El capital dominante, representado por las Corporaciones Transnacionales, pasó a la ofensiva y actuó en África mediante unos supuestos programas de reajuste estructural impuestos a todo el continente a partir de mediados de los ochenta. Digo «supuestos» porque estos programas son más coyunturales que estructurales, y su único y verdadero objetivo es la subordinación de las economías africanas a la restricción de tener que satisfacer la elevada deuda externa que, a su vez, es en gran medida producto del estancamiento que empezaron a sufrir



los países menos desarrollados coincidiendo con el recrudecimiento de la crisis del sistema global.

Durante los dos últimos decenios del siglo, las tasas medias de crecimiento de PIB han caído aproximadamente a la mitad respecto a las dos décadas anteriores, en todas las regiones del mundo, incluida África, excepto en el Este Asiático. Fue durante este periodo de crisis estructural cuando la deuda externa de los países del Tercer Mundo (y de la Europa del Este) empezó a crecer peligrosamente. De hecho, la crisis global se caracteriza por una creciente desigualdad en la distribución de ingresos, elevadas tasas de beneficios y, por consiguiente, un creciente excedente de capital que no puede encontrar una salida en la expansión de los sistemas productivos.

Es preciso crear salidas económicas alternativas para evitar una devaluación de capital. El déficit de los Estados Unidos y la deuda externa de los países del Tercer Mundo son respuestas al sistema. En la actualidad, la carga ha alcanzado niveles insostenibles. ¿Cómo puede un país africano pobre destinar la mitad o más de sus exportaciones simplemente a pagar el interés de su deuda y al mismo tiempo soportar la exigencia de ser «más eficiente» y «reajustarse»? Recordemos que, tras la Primera Guerra Mundial, el pago de las indemnizaciones de Alemania representaba únicamente un 7% de las exportaciones de este poderoso país industrializado. Y aun así muchos economistas de la época consideraron que el nivel era demasiado elevado y que el «reajuste» de Alemania era imposible. Es interesante que Alemania no pudiera reajustarse a una pérdida del 7% de su potencial de exportación, ¡y en cambio Tanzania deba ser capaz de hacerlo a una pérdida del 60% del mismo!

Los devastadores resultados de estas políticas son conocidos: regresión económica, desastre social, inestabilidad en aumento, y en algunas ocasiones desintegración total de sociedades enteras (como ha pasado en Rwanda, Somalia, Liberia y Sierra Leona). Durante los años noventa, la tasa de crecimiento del PIB per cápita en África ha sido negativa (-0,2%). Este hecho sólo ha sucedido en África. A raíz de esto, la cuota africana en el comercio global disminuyó. Este hecho es precisamente el que se está calificando como «marginación». Lo más justo sería hablar de una dramática mala integración en el sistema global. Los economistas neoliberales convencionales fingen que se trata únicamente de una «transición difícil» hacia un futuro mejor.

¿Pero cómo va a ser así? La destrucción del tejido social, la pobreza creciente y la regresión en educación y salud no pueden brindar un futuro mejor ni ayudar a los productores africanos a volverse «más competitivos», como se espera de ellos. Más bien al contrario.

Este plan neocolonial para África es en realidad el peor modelo de integración en el sistema global. Sólo puede producir un declive todavía mayor de la capacidad de las sociedades africanas para enfrentarse a los desafíos de la era moderna. Estos desafíos son hasta cierto punto nuevos, y tienen que ver con los posibles efectos a largo plazo de la presente revolución tecnológica (informática), y a través de ellos, con la organización del trabajo, su productividad y los nuevos modelos de división internacional del trabajo. En este sentido, es preciso hacer hincapié en que todos estos desafíos tienen lugar en el mundo real mediante conflictos de estrategias.

Por el momento, el segmento dominante del capital global —las Corporaciones Transnacionales— parece dictar lo que es más favorable para sus estrategias particulares. Los pueblos y gobiernos africanos todavía no han desarrollado contraestrategias propias, a semejanza de las que los países del Este Asiático están intentando llevar a cabo. En este contexto, la globalización no ofrece soluciones a ninguno de los problemas de África. Las inversiones privadas extranjeras directas en África son insignificantes y se concentran exclusivamente en los recursos minerales y otros recursos naturales.

En otras palabras, la estrategia de las Corporaciones Transnacionales no ayuda a África a avanzar más allá de un modelo de división internacional del trabajo perteneciente al pasado remoto. La alternativa, desde el punto de vista africano, deberá combinar la construcción de economías y sociedades autocentradas y la participación en el sistema global. Esta ley general es válida hoy para África como lo ha sido a lo largo de la historia moderna para todas las regiones del mundo.

Todavía es demasiado pronto para saber si África está avanzando hacia ese objetivo. Se habla de un «Renacimiento Africano». Sin duda, la victoria en Sudáfrica, esto es, la supresión del apartheid, ha creado esperanzas positivas no sólo en ese país, sino en grandes zonas del continente. Pero todavía no hay signos visibles de que estas esperanzas estén cristalizando en estrategias alternativas.

Para ello serían necesarios cambios espectaculares a diferentes niveles nacionales, mucho más allá de lo que sugieren habitualmente las etiquetas de «buen gobierno» y «democracia política multipartidista», así como a niveles regionales y globales. De esos cambios emergería así otro modelo de globalización que haría posible la corrección de la mala integración de África en el sistema global.

## Nota

1. S. Cordelier, *La mundialisation au-delà des mythes* (Paris, La Découverte, 1997), p. 141. Cifras de la OMC, 1995.